

III

En el despacho del director de *La Librería Moderna*, Treillard, sentado, fumaba distraídamente un cigarrillo, mientras que Parisot había ido, un momento, á las oficinas de contabilidad. Sobre el bufete, en medio de papelas esmeradamente clasificados, se amontonaban los manuscritos, aguardando turno para la lectura. Bruscamente la mirada del literato se detuvo en un rollo de papel anudado por una cinta color lila, y que, por estar encima del montón, parecía que acababa de llegar.

El corazón le palpitó á Treillard. Conoció el papel, la cinta y el caracter de letra. Era la obra de la marquesa de Sortais. Sintió vivos deseos de abrirla para convencerse de que no se equivocaba. No lo hizo, pensando en las explicaciones que tendría que dar á Parisot si este se presentaba inopinadamente. Sin embargo, tomó el paquete, arrugó entre los dedos la cinta del color de la modestia, y, atenuado aun cuando perceptible, le dió en el olfato el perfume predilecto de la dama. Era, indudablemente, de la

Marquesa aquel rollo que había naufragado en el bufete del despacho editorial, entre el montón de producciones que aspiraban á la publicidad. Para que cambiase la suerte de aquel manuscrito, había bastado una desavenencia entre la linajuda aristócrata y el escritor. Todo lo poderosa que era en los salones la señora de Sortais, resultaba sin fuerza y sin prestigio en la casa editorial.

Y, cual uno de tantos, entre los más humildes, aguardaba la benevolencia del potentado literario que concede ó niega la autorización para la imprenta. El editor entró, abreviando las incertidumbres de Treillard. Era Parisot un hombrecito de rostro encendido, calvo, con mechones de cabellos grises junto á las sienes, y barba y bigote completamente blancos. Colocó ante el autor una factura llena de números, y dijo:

— Ahí tiene la cuenta. Le participo que está agotado el último libro de usted...

Treillard dobló la factura y se la guardó en un bolsillo; luego, señalando con el dedo al rollo de papel que tanto le preocupaba:

— ¿De quién y qué es ese manuscrito?

Parisot buscó en la cubierta del paquete un número de orden trazado con lápiz rojo; abrió un libro-registro colocado sobre el bufete, y leyó:

— 227: *Visiones ardientes*, poesías de Oliverio Juglat... ¿Lo conoce usted?

— Sí. ¿Sabe quién es Oliverio Juglat?

— Una mujer, ¡ Me admira mucho el incomprendible afán de las escritoras por firmarse con seudónimos masculinos!., ¿ Creen que, así, inspiran más confianza ó despiertan más interés? Se me antoja que sucede todo lo contrario. En fin ¡ lo mismo da! Esta autora es una dama de la aristocracia; dos académicos muy respetables me han escrito recomendándomela... Sin embargo, ya usted comprenderá que á pesar de todo, no leeré sus cuartillas hasta que les llegue el turno...

— ¿ Aun cuando yo me interese por ella?

— ¿ Usted?..

— Sí, yo.

— ¡ Ah! El caso ya varía. Usted es un autor de la casa, y, además, amigo mío... ¿ Conoce á la autora de *Visiones ardientes*?

— ¡ Mucho!

Maquinalmente, Parisot tomó el rollo de papel, desató la cinta violeta y leyó los primeros renglones.

— ¡ Versos! Usted sabe que no tenemos empeño especial en publicarlos.. Hay editores para esta clase de obras... La especialidad nuestra es la novela... ¿ No escribe novelas esa dama?

— ¡ No! Todavía no. Pero sus versos son encantadores.

— ¿ Es rica?

— Inmensamente rica.

— ¡ Eso ayuda muchísimo á tener talento!

— ¿ Cuándo leerá usted *Visiones ardientes*?..

— Mi querido amigo, después de lo que usted me ha dicho... ¡ no las leeré! Las publicaré, sencillamente. Se me antoja que no corro ningún riesgo, y que la edición de mil quinientos ejemplares que voy á hacer, está colocada de antemano. No es que crea que los amigos de la autora van á comprar ni un volumen. Para creerlo sería preciso no conocer á la gente de tono. Pero la autora no querrá que su obra se pudra en el almacén.

— Puede usted estar seguro de ello.

— Entonces voy á escribir á Oliverio Juglat, rogándole que tenga la bondad de pasar por mi despacho para firmar el contrato.

— Verá usted llegar una mujer bellísima, amigo Parisot.

— ¿ Convendrá que le diga que he admitido su libro por recomendación de usted?

Encendiéronse las mejillas de Treillard. No obstante, contestó con frialdad:

— ¡ Es inútil!

— ¿ Lo sabía de antemano, eh?

— Nada de eso. Ni aun siquiera tenía yo noticias del envío á la casa de usted.

— ¡ Ah! ¡ Ah! Seré, pues, discreto, querido amigo; quede tranquilo.

— No temo indiscreciones. Soy, para la señora Marquesa de Sortais, uno de tantos escritores, un indiferente, un convidado más, al cual se le habla de literatura porque es literato, como se le hablaría de caballos si fuere *sportsman*, ó de perros si fuera

cazador, pero al cual no se recuerda después de haberle hablado....

— Se expresa usted con mucha amargura... ¿ Es joven y linda, la Marquesa ?

— Sí. Es joven y linda.

Parisot leyó silenciosamente algunas estrofas ; luego, fijando la vista en el escritor :

— Dígame, querido amigo, la mano de Treillard ha andado en esto...

— ¡ De ningún modo !

— ¡ A otro perro con ese hueso ! ¡ Cualquiera se equivoca, y mucho más el editor !.. Conozco el estilo. Mire una poesía dedicada á las nubes... El comienzo es bastante vago. Oiga : « Las nubes son las flores de los sueños... » ¿ Qué significa eso ? Pero, inmediatamente, el tono se levanta, y la continuación ni está pensada por el mismo cerebro, ni escrita por la misma la mano... Treillard, usted me engaña... Pero ¡ averiguaré la verdad !..

— ¡ Sabrá usted más que yo !

Un golpecito dado en la puerta, interrumpió la conversación. Parisot exclamó :

— ¡ Adelante !

Un hombretón, algo inclinado, de rostro lampiño, envuelto en flotante abrigo casi talar, cubierto con sombrero flexible de anchas alas, asomó á la puerta.

Con voz sonora dijo :

— ¿ No estorbaré ?.. Buenos días, Treillard ¿ qué tal ? ¿ Y usted, padre de las letras, que vive, como el Señor, con la mano abierta para los pajaritos ?.. ¡ Me

hacen muchísima falta mil quinientos francos, mi venerable Parisot !..

Se arrellanó en una butaca, dejó caer los largos brazos que tocaron hasta el suelo, y, con los ojos cerrados, exclamó :

— La literatura es ridícula, hijos míos. En otro tiempo fué una carrera decente, que daba para comer y hasta para reunir un capital. Los burgueses se enteraron de ello y, en vez de inculcar en sus hijos el desprecio hacia el arte de escribir, les enseñaron á practicarlo. De esto ha resultado una generación extraordinaria de emborronadores de cuartillas que pululan como las moscas y que fastidian casi tanto como las moscas. Además, para remate y contera, las mujeres han tomado parte en el juego, y, con la dichosa falta de moderación que las caracteriza en todo cuanto emprenden, han abierto la espita de sus ingenios y nos han inundado con oleadas de imitaciones incoloras é insípidas, pero baratitas, lo cual ha decidido en el acto á los directores de periódicos á llenar columnas y planas con esa producción económica. Y hoy, para conseguir exhibirse á la admiración del público, en las hojas impresas, hay que pagar por anticipado, como si se anunciase un producto farmacéutico, que no quiero nombrar para no hacerle propaganda gratuita, ó como si se tratase de un tenor que va á realizar una excursión por América. ¡ Que se condene con pena de destierro á toda dama que escriba, ó que se las tenga en constante embarazo, á fin de luchar contra la despoblación !

Detúvose un instante para respirar, sacó del bolsillo un cigarro de los más baratos, lo encendió y principió á arrojar bocanadas de humo nauseabundo.

— ¿Qué hierba ha pisado usted antes de entrar aquí, Boulomier? — preguntó Parisot, riendo.

— ¡ De fijo no ha sido la hierba de la dichá! — exclamó el joven literato. — ¡ Nunca ha tenido más mala suerte un cristiano! Pero ¿lo soy? ¡ Bueno, podría serlo! En el Renacimiento, rechazan mi comedia, y el inmuño Galardín se obstina en no decir palabra de mi última novela en su *Revista de libros*.

— ¡ Ah! Es la conspiración del silencio, — observó Treillard. — ¡ Entendido! ¡ No discuten á usted, ignoran que usted existe! ¡ Es una de las formas más peligrosas de la hostilidad literaria!

— No haga caso, — indicó Parisot. — Lo importante es que el público conozca á usted. Galardín, con tres columnas de elogios extraordinarios, no conseguirá que se vendan trescientos ejemplares de un libro viejo. Y, sin embargo, su silencio no obsta para que el lector agote las ediciones de un libro cuyo autor le distrae.

— Con todo, á ese pedante le pagan para que hable de libros. ¿ Por qué no habla?

— ¡ Porque le fastidia mucho! Vamos, Boulomier colóquese en el lugar de Galardín. Salió de la Escuela Normal, es joven, escribe en un diario importante, publicó un libro, y el libro cayó en el vacío, en medio de la más absoluta indiferencia. Ya tenemos á

un muchacho que se ve reducido á ser, de por vida, nada más que articulista. Y ¿ aun quiere usted que se interese por la literatura? ¡ Pero si la aborrece! Y en conciencia tiene motivos para aborrecerla. Diariamente le proporciona sinsabores. El triunfo de cada uno de los compañeros le duele como una puñalada en el corazón. El aplauso conseguido por un novel, se le antoja el colmo de la injusticia. ¿ Por qué triunfan otros, y él no? ¡ Ah, amigo mío! La suerte de ese pobre diablo, obligado á llenar columnas y más columnas con artículos hueros, es realmente dolorosa. Vive condenado á cadena perpetua. ¡ Siempre teniendo que ponerse los mismos zapatos de paño y siempre teniendo que tornear palos de silla, sin esperanza de poder hacer otra cosa! Juzgue usted cuánta será la satisfacción de ese hombre cuando puede, andando sin que lo oigan, gracias á los zapatos de paño, armarse con un palo de silla para golpear á un autor en pleno triunfo, y destrozarlo y hundirlo en un rincón. ¡ Esos son los días señalados con piedra blanca, en la vida monótona de ese galeote de la pluma sin prestigio! Pero no siempre puede gozar de las delicias de sus emboscadas. Hay caminantes de las letras que no se dejan maltratar á traición por los « apaches » de la crítica. Los hay que se vuelven, zurrán de firme y pueden perfectamente dejar mal parado al temerario asaltante. Entonces, con éstos, se acude á la táctica de la abstención y del silencio. No hay valor para atacarlos, y se les deja pasar fingiendo no verlos. No se les conoce. No

se sabe que existen. Se confía en que el público no los conocerá. Y cuando se les ve que han seguido y que, á pesar de todo, han logrado el aplauso, se sigue á esos tenaces triunfadores con mirada sombría, y se murmura á media voz : ¡ Intrigantes !

— ¡ Lo mismo da ! El oficio de escribir se ha convertido en uno de los más desagradables que existen, — murmuró Bouloumier. — Nuestros gloriosos antepasados, que le profesaban tantísimo respeto, caerían accidentados si viesan lo que sucede hoy.

— ¡ Lo mismo que en su época ! Tal vez entonces fuera peor. Recuerde, pues, las luchas entre los clásicos y los románticos, sin hablar de las disensiones de los románticos entre sí, y de los odios que enemistaban á unos con otros. ¿ Tenemos el monopolio de la envidia ? Siempre ha habido canallas. ¡ Lo importante es no ser como ellos !

— ¿ Está usted seguro de lo que dice ?.. Yo principio á creer que la bondad es una enfermedad, y la delicadeza una estupidez. Es tonto atravesar grupos de gente, llevándose la mano al sombrero, y exclamando : ¡ dispéñeme ! ¡ Hay que dar empujones y codazos, y aplastar los pies de los que no se aparten pronto para dejar sitio ! Y, cuando se llega al fin, no hay que volver la cabeza para mirar si, en el camino recorrido, hay lágrimas y sangre. ¡ Cada cual para sí, qué demonio ! Y ¡ exterminémonos los unos á los otros !

— Ya se conoce, Bouloumier, que es usted meridional. Ha venido usted de Castres, para conquistar

la gloria y la fortuna, á la usanza de aquellos moros que Carlos Martel detuvo en los campos de Poitiers y lanzó sobre España, donde realizaron verdaderas proezas. Es usted un Cadete de Gascuña, y se asombra de que, por serlo, no vengan las calandrias trufadas á caerle en la boca. ¡ Ah ! ¡ Están ustedes, muy mimados, señores meridionales ! Desde hace treinta y cuatro años, sí, después de la guerra, se han acostumbrado á tratar á Francia como á país conquistado. Todo es para ustedes : cargos, destinos, ascensos, honores. Se han asociado y se han ramificado en todos los órdenes de la Administración pública, formando como tupida red, y han adquirido el hábito de acapararlo todo, en tales términos que, cuando tropiezan con alguna resistencia para el logro de lo que desean ó esperan, principian á escandalizar creyéndose despojados. Y hace falta, sin embargo, que se penetren de que en esta gran nación hay cuatro puntos cardinales, y de que los ciudadanos del Este, del Oeste y del Norte tienen y pueden hacer valer algunos derechos. Son los más laboriosos, los más ricos, los más formales y los menos charlatanes. Viven y deben vivir. Y toda la algarabía meridional no lograría privarles del derecho á tener sitio dentro de nuestras fronteras. Ustedes olvidan en demasía estas verdades indiscutibles, señores meridionales. Ustedes se han convertido en nuestros amos. De cada doce ministros, hay, generalmente, ocho ó nueve que han nacido de la parte allá del Loira, y los otros tres representan al resto de Francia. Y,